

dó cubierto de dinero proveniente de los jugadores que pulsaban por adquirir; medianamente un momento de buena suerte, irrisorias cantidades.

Aquellos salones de juego, se trocaron en centro de operaciones, pues se veían personas que exponían sus alhajas al azar de la suerte y si les era adversa, como a otros muchos, extendían libranzas para posteriormente (máximo veinticuatro horas) liquidarlas.

Pingües utilidades recibía el montero o sea nuestro ya conocido y no perdido de vista "Coronel", quien supo escoger a buenos y astutos talladores como los gurrupíes que sabían secundar perfectamente a los primeros y los nunca bien vistos y ponderados "Paleros", quienes, algunos de ellos, eran parientes por afinidad del montero y, con mayor razón, cooperaban para engañar al público sembrando en ellos la ambición y codicia por ganar, pero todo lo contrario les pasaba ya que hasta las humildes alhajas familiares de poco valor y de grande estima, dejaban porque sus bolsillos quedaban exhaustos sin medio real.

A las dos de la mañana las cajas de Toribio se encontraban repletas de valores: oro, alhajas, libranzas y compromisos por fuertes su-

mas, garantizadas con fincas; pingüe resultado de lo que se había jugado en las dos horas transcurridas.

El ambiente en los dos salones ya descritos, era sofocante; estaba la atmósfera viciada por el constante fumar y beber de tanta gente, así como del humo producido por el profuso alumbrado.

Aquella reunión, de jugadores, había sido extraordinaria.

Habíamos dejado al Cura Rodrigo quien, magnetizado por Toribio, se encontraba acomodado en un asiento cerca del tallador Mendozita. El gurrupí después que partió la baraja, la pasó al tallador aludido el que, con la destreza acostumbrada, rápidamente tiró cartas sobre el tapete verde; ésto acontecía a eso de las dos de la mañana y como el cura estaba inmediato y dada su perspicacia, (había de ser hijo de Andaluza inteligente) no perdió detalle en los movimientos de Mendozita, por lo que esta vez fué más listo Rodrigo que dicho tallador y descubrió que la baraja estaba "compuesta"; ésto le bastó para indignarse. Violentamente se paró de su asiento y con voz sonora y energética, habló a todos los jugadores ahí sentados y les indicó que aquella casa era de tram-

pas y bribonadas, como lo demostraba con el descubrimiento que había hecho del cochino sujeto que tenía al lado o sea el tantas veces repetido tallador, cómplice del gran falsario Toribio.

Ese informe fué la chispa que encendió los ánimos de sus oyentes e inmediatamente se suscitó un fenomenal escándalo del cual tomaron parte los ahí reunidos; hubo gritos ensordecedores, blasfemias a granel y como en río revuelto, ganancia de pescadores, algunos "listos" como aves de rapiña, se apoderaron de las repletas cajas del Montero "Coronel" y en un momento las dejaron vacías.

Los militares que se encontraban en aquel lugar, Generales y otros de menor graduación, desenfundaron sus pistolas e hicieron fuego al aire con la intención de imponer el orden, pero lejos de conseguirlo aumentó el desorden; pues toda tentativa y esfuerzo empleados, resultaron inútiles por la confusión.

Unos jugadores bien abarrotados sus bolsillos con oro y alhajas de alto precio, optaron por huir precipitadamente en varias direcciones.

Otros furiosos tahures en unión de espectadores ocasionales que se introdujeron a la casa,

especialmente los primeros con pistola en mano y los restantes, grupo numeroso, armados con patas de sillas que habían roto para el efecto, buscaban a Toribio por todas partes por sospechar que estaría escondido ahí mismo y con el deliberado propósito de encontrarlo para matarlo; pues esas eran las intenciones de varios individuos que deseaban castigar, por propia mano y como una justa venganza aplicada, según ellos, a ese fanfarrón y pillo descarado.

A Toribio, no obstante su cuerpo representativo de un Titán, luciendo el grado de "Coronel", que decía tener, pistolón al cinto que siempre ostentaba como manequí en escaparate, en esa ocasión de apuradas circunstancias, de nada le sirvió su aparente arrogancia, por que tomó el ejemplo de los cobardes faltos de valor civil que desaparecen como los artistas de teatro al retirarse de la escena según el cuadro que representan y tienen la necesidad de bajar violentamente por el escotillón del tablado; así fué como se esfumó Toribio, pero con la agravante de vergonzosa huida.

Realmente existía una especie de escotillón debajo del gran brasero central de azulejos de Talavera en la cocina de aquella casa, hasta

entonces y transitoriamente, ocupada por ese ladrón y sus numerosos cómplices, inclusive hasta algunos meseros que sabían escamotear los abrigos y otros objetos propiedad de los parroquianos de aquel lugar. En el brasero indicado era fácil ver, agachándose, una puertecita cuadrada de madera de dos tercias por lado, colocada al nivel del piso de la misma cocina en donde principiaba un túnel que despedía humedad al abrir el referido cuadrado de madera; ese subterráneo, misterioso, terminaba en el interior de un jacal pegado a una Troje, situado a la orilla del antiguo camino a Acapulco.

Ahí, en el jacal, estaba la salida cubierta por otra puertecita que no llamaba la atención.

Estamos seguros que Toribio la utilizó para escaparse en las tinieblas; máxime que eran, aproximadamente las tres de la madrugada con un cielo sin estrellas y estaba encajotado con gruesas nubes.

No se le volvió a ver por San Angel; pues abandonó la casa mencionada ya que así le convenía por las muchas cuentas pendientes que tenía con la justicia.

Volvamos nuestra atención a la casa del desorden: Por las detonaciones y los gritos angustiosos de algunas señoras que habían concu-

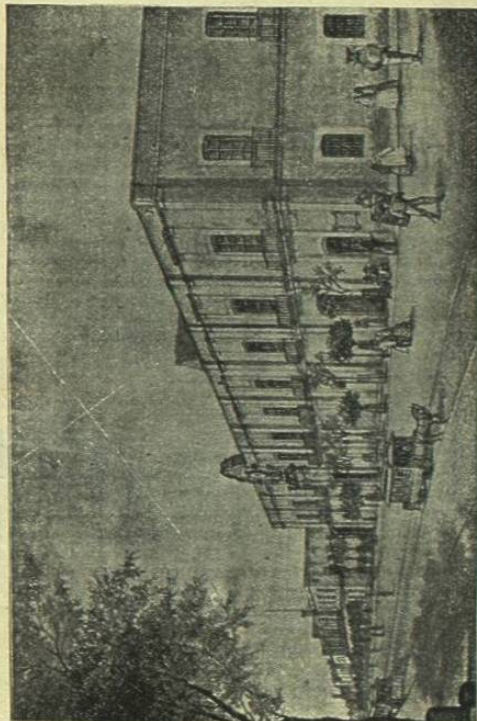


Lámina XXIX.—EX-ACORDADA Y HOSPICIO DE POBRES QUE EXISTIERON
CASI FRENTE A LA CAPILLA DEL CALVARIO.

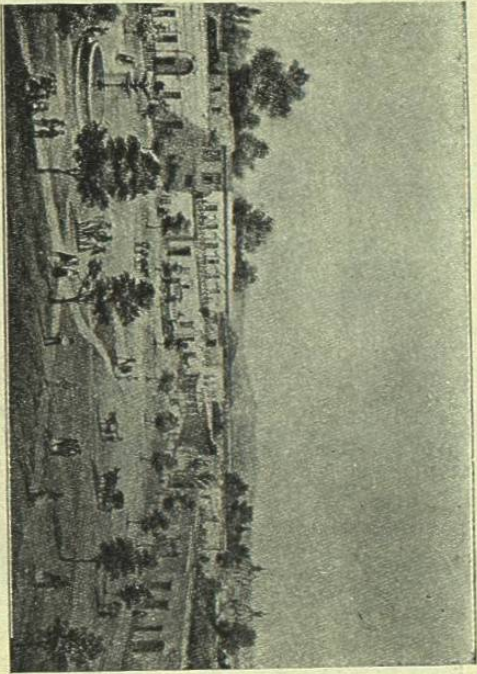


Lámina XXX.—PLAZA DE SAN JACINTO EN SAN ANGEL, (ilustración antigua del año de 1834.)



Lámina XXXI.—ASALTO A LA DILIGENCIA A UNA LEGUA DE SAN JUAN DEL RIO.

rrido, entre las cuales se encontraban las más timoratas, desmayadas; los mirones que estaban en la puerta de la casa y los que llegaron poco después del zafarrancho, se introdujeron e invadieron todos los salones. Tal parecía la actitud de la gentuza desenfrenada que dispusieron de todo cuanto encontraron; pues su botín abarcó: Copas, platos, cubiertos, floreros, botellas de diversos vinos y licores y hasta las que estaban empezadas y semi-vacías; las viandas que se encontraba intacto su contenido, también arrasaron con ellas y, en fin un verdadero saqueo ya que no desaprovecharon el desorden y la confusión existente en el mismo lugar.

Los meseros y la demás servidumbre en consorcio con los trasnochadores que se colaron, se aprovecharon llevando consigo las botellas de vinos que se guardaban en la bodega, así como las vajillas propiedad del negocio y otras que fueron alquiladas en esa vez.

Tan escandaloso fué el saqueo que, pasados unos cuantos minutos, las mesas estaban sin patas, las sillas rotas; en los salones de juego se veía, en el piso, pedazos de botellas, de vasos, de copas, de platos, así como barajas rotas, fichas regadas por todos lados, y el aspecto que presentaba el lugar de los acontecimien-

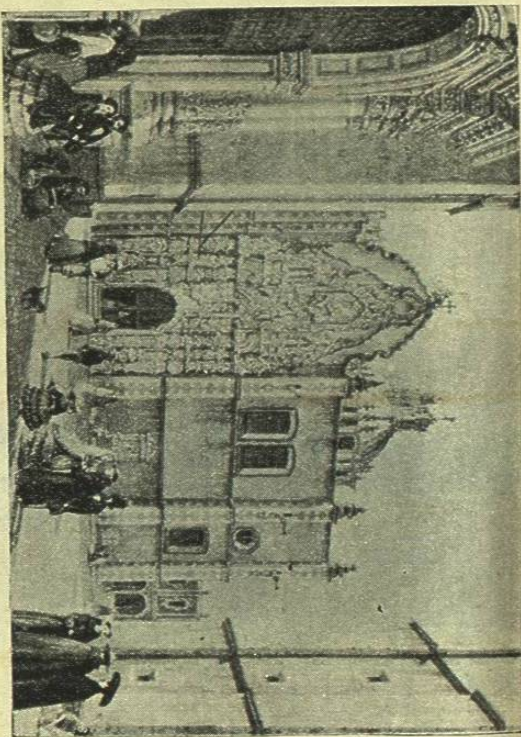


Lámina XXXII.—FACHADA DE LA IGLESIA DEL ANTIGUO CONVENTO DE SAN FRANCISCO.

tos, parecía un campo de agramante después de enconada batalla.

El Cura en su calidad sacerdotal no llevaba arma alguna para su defensa personal; pero, presentada esa ocasión, se armó de lo que primero encontró a mano, siéndolo una pata de mesa con la cual arremetió de golpes esquivando los que a él le dirigían con toda furia los gurrupíes que manifestaban sus iras contra él por haberlos descubierto en sus malos y pésimos manejos. Ellos, los cómplices, desde ese momento se consideraban sin trabajo, pues no necesitaron ser despedidos ya que de hecho los pusieron en la calle con el desmoronamiento del flamante negocio de la "Casa de Juego".

Después de batirse en la forma antes dicha, el Cura también pudo escaparse por una tapia de las de atrás de la huerta que correspondía a una calle y por ella se marchó ignorándose el lugar que optó de refugio. Es de dudar se haya ido con dirección al curato por ser el sitio que menos le convenía, ya que inmediatamente sería molestado por los enconados perseguidores.

Pasó algún tiempo y ya cuando nadie se acordaba de Toribio, porque no daba señales de vida, éste volvió a resurgir pero, en esta vez, como capitán de una partida bien organizada

de bandoleros que contaban con armas y municiones y operaban cerca de San Juan del Río (1) del Estado de Querétaro.

No se olvidó de sus antiguos camaradas a quienes asoció para sus actividades rateriles.

Sus fechorías las llevaban a cabo en el camino real en donde desvalijaban a los pasajeros que viajaban en las Diligencias que hacían sus recorridos de la Capital al interior y viceversa.

En los caminos solitarios paraban las Diligencias y obligaban a sus ocupantes que bajaran del vehículo para despojarlos por completo, llevándose todo lo que encontraban en sus personas como en la referida Diligencia. Igual cosa sucedía a los jinetes pero, a éstos, los dejaban sin cabalgaduras y menos mal, porque además de robar, ultrajaban y asesinaban a los inermes viandantes.

Con relativa frecuencia Toribio daba sus descolgaditas, como él decía, a México, para vender, cambalachar o empeñar, el producto de sus robos en aquella zona, así como para cambiar las monedas de oro por plata y pasar, a

(1) Se erigió en pueblo el año 1557 adquiriendo más tarde, los títulos de Villa y Ciudad.

guisa de descanso, unos días en alguna de las tres casas que ya sabemos sostenía.

Igualmente aprovechaba su estancia en la capital para aleccionar a los secuaces que llevó consigo para que bajo sus indicaciones y dirección, sin responsabilidad aparente para él, cometieron asaltos en las casas que previamente señalaban para que sus moradores fueran sus víctimas y, como lo determinaban, a las altas horas de la noche o en las primeras de la madrugada, cometieran sus robos.

En todos estos "trabajitos", (nombre dado por la banda a los robos efectuados en la Ciudad) Toribio personalmente no concurría por temor de salir perjudicado ya que, en capítulo anterior, vimos que era muy cobarde y temía ser aprehendido, pero ejecutados los ya dichos trabajos, reclamaba el producto y del cual se quedaba con la mayor parte.

Para borrar la pista de él y sus secuaces, inmediatamente mandaba a los suyos al lugar escogido de refugio y conseguía con ello, esquivar la persecución para no ser delatado y caer en manos de la justicia.

Al par que otros bandidos y asesinos de su calaña, parece que Toribio estaba predestina-

do a terminar sus días en el cadalso como resultado de su mala conducta y de su fatalidad.

Después de muchas pesquisas infructuosas, al fin no faltó quien delatara el escondrijo de los bandidos los cuales se encontraban en un antiguo mesón o posta semidestruida, situada a una legua de los suburbios de la población de San Juan del Río.

Obtenido ese informe, salió del propio San Juan del Río en donde acampaban, una patrulla de soldados para aprehender a todos los bandidos incluyendo a su temible y sagáz Jefe.

Los bandoleros avistaron las fuerzas que se aproximaban a su madriguera y se vieron en el caso de jugarse el todo por el todo, haciendo resistencia. Se parapetaron atrás de unas troneras las que perforaron en los pretiles de las azoteas del indicado mesón, pero no les valió esto porque, gracias al numeroso contingente de soldados enviado, se logró cercar a aquellos; hubo algunos muertos por ambas partes y sólo escaparon dos bandidos quienes montados en buenos caballos emprendieron desenfadada fuga rumbo al monte.

Los malhechores que quedaron con vida dentro del mesón, fueron capturados e internados en la cárcel del mismo lugar y como el número

de presos fué de diez y siete individuos entre los cuales se contaban Toribio y su segundo Vérulo Valiente, los vigilaron estrechamente para evitar una posible evasión.

A los dos días fueron remitidos a México los dos sujetos antes aludidos porque las autoridades de la Capital tenían que juzgarlos por los muchos delitos cometidos hasta la fecha.

Pocos días transcurrieron y no pasaron éstos de ocho o diez sin que fueran juzgados los ya tantas veces mencionados delincuentes y cuya sentencia fué la de acabar sus vidas en el "Garrote" que para el efecto se preparó en la Plaza del Ejido.

Esa plaza del ejido ya no existe y en sus terrenos, muchos años después, se principiaron los trabajos de construcción del Palacio Legislativo y últimamente se aprovechó la parte central de la armazón de fierro, revistiéndola de acuerdo con los proyectos aprobados, para erigir el monumento a la "Revolución".

Los cuerpos inertes de los dos individuos sujetos a la pena del "garrote", fueron trasladados al Panteón de Santa Paula para darles sepultura.

Dicho panteón estaba ubicado hacia el norte de la ciudad, adelante del Puente del Zaca-

te, (últimamente calles de Santa María la Redonda) establecido este panteón en el año de 1784 y clausurado en mil ochocientos setenta y uno.

Cegada la existencia de Toribio en las circunstancias descritas, dejó viuda a su esposa Doña Trinidad, buena mujer quien afortunadamente, no tuvo sucesión y como única herencia de su pésimo marido le quedó el estigma y una situación económica muy difícil.

Las otras mujeres que sostenía Toribio, principalmente las más aprovechadas, siguieron una vida escabrosa sin acordarse del Coronel, el filón que les produjo granjerías; al saber la aprehensión de éste, lo abandonaron, especialmente la especuladora e insaciable María, hija del portugués que conocimos en el capítulo quinto de la presente narración, quien tenía la cara cortada con motivo de sus frecuentes riñas y de la que haremos mención en la siguiente obra que pronto entrará en prensa.

A los cuatro días de los sucesos desarrollados en la casa de juego de San Angel, en donde se tuvo un saldo de un muerto, varios heridos y lastimados, el Cura Rodrigo no podía tranquilizar su espíritu y por ello no salía de su Curato en espera de las consecuencias que

ya su corazón le anunciaba serían desagradables.

Las autoridades de la población veraniega hicieron algunas detenciones de individuos que resultaron ser los ladrones o cómplices de ellos en el saqueo, porque les encontraron en sus domicilios, varios muebles, objetos y utensilios pertenecientes a la casa de juego.

Al noveno día llegó un propio a caballo al curato con llamado urgente para que Rodrigo se presentara a las Oficinas del Arzobispado de México sin excusa ni pretexto; era apremiante. Como día domingo y hora de comer, dejó pasar el resto de éste, pero el lunes muy temprano, montó en uno de sus buenos caballos y emprendió el camino para cumplir aquella orden.

A medida que corría, más se ponía nervioso.

Llegó al Arzobispado todo fatigado; dió su caballo al mozo para que lo cuidara y en seguida se presentó ante el Prelado. Un chorro de agua helada que hubiera caído en su cabeza, menos impresión le causaría que recibir de labios de su Ilustrísima, que era de pocas pulgas, una filípica de **padre y muy Señor mío** quien acordó destituirlo del cargo, así como del sacerdocio por haber sido el principal promotor del zafarrancho en San Angel diez días an-

tes y, por lo tanto, en ese mismo momento se le recluiría en una celda del Monasterio de San Francisco, (1) lo cual se verificó. (Toribio, como un reconocido cobarde, escogió su víctima a la que despojó de la mayor parte de su caudal y su porvenir).

Casi dos años duró Rodrigo en su encierro y al cabo de los cuales, pidió como gracia a sus superiores permiso para trasladarse a España, lo que consiguió, pero en esos días de preparativos de viaje, (Dios le anticipaba otro) cayó en cama a consecuencia de una pulmonía que adquirió en el lóbrego Claustro que le servía de obligada habitación; arrepentido de sus culpas, se confesó y, momentos antes de morir, suplicó al Provincial le enterrasen ahí mismo. Se cumplió la voluntad postrera del finado sepultándolo en un nicho de la iglesia del Señor de Burgos, Capilla que formaba parte del gran Monasterio de San Francisco y que años después, casi en su totalidad fué derribado; le tocó igual suerte a la referida capilla del Señor de Burgos en donde se erigió la casa número trece de la calle de San Juan de Letrán, cerca

(1) San Francisco, se fundó en México la Orden Tercera el 20 de Octubre de 1615.—Datos de la Obra de Don Marcos Arroniz.

de la esquina con la entonces nueva Calle de la Independencia.

El origen de la apertura de esta última calle, obedeció a la denuncia de un supuesto complot fraguado en el interior del Convento indicado por uno de sus religiosos. (El Padre Lecona).

La demolición se ejecutó para abrir la calle en cuestión, siendo ésta durante la época en que ocupó la Presidencia de la República el General Don Ignacio Comonfort.

En la actualidad, dicha calle de San Juan de Letrán, está enteramente transformada con la modernización que impera ahora pues no queda nada de lo que fué, ya que desapareció la iglesia del antiguo Convento de Religiosas de Santa Brígida ubicada enfrente de la también derruida Capilla del Señor de Burgos.

Nota: El autor de éstas narraciones históricas, en noviembre de mil, novecientos quince, presentó al entonces Gobierno del Distrito Federal, que al frente de él se encontraba el General Don César López de Lara, un proyecto precisamente para esa calle de San Juan de Letrán, ampliándola desde la segunda, rumbo al sur; aumentar la anchura de la primera de la Palma, tomando el alineamiento de la segunda de ese nombre (como ahora ya está eje-

cutado) y, por último, la urbanización y apertura de calles en el barrio de Romita.

Cristalizó años más tarde, el aludido proyecto realizándose pero ampliando aún más la Avenida de San Juan de Letrán, muy importante arteria comercial de la capital que se prolonga hasta más allá de la "Calzada del Niño Perdido", actualmente tiene un intensísimo tránsito de vehículos y por sus anchas banquetas van y vienen a todas horas, numerosísimos transeúntes o peatones; con referencia a la de la Palma, en la misma dirección, se han abierto nuevas calles con el nombre de "Palma Norte" y que desembocan a la antigua calle de la Cerca de Santo Domingo (hoy de Belisario Domínguez); de Romita, ya fueron varias abiertas comunicándose con las de la Colonia Roma.



FIN DE LA SEGUNDA PARTE.